

podemos ir contra los países que representan: por esto no vamos a la intervención. Pero no queremos vivir con ellos que nos han ofendido, que nos han hecho morder el polvo: por esto cortamos con ellos toda relación.

Segundo: o prohibición terminante de salida de nuestros barcos en la forma que hoy salen o custodia de estos barcos defendiéndolos y salvándolos de las agresiones submarinas. O amarrarlos o armarlos.

Tercero: agitación intensa y organización rápida del pueblo para cambiar el Régimen inmediatamente que cese el actual estado de cosas. La elevación de España exige el hundimiento de la Monarquía.

Cara al peligro estamos y cara al peligro, esto sostenemos. Y conste que no pretendemos salvar nuestro deber alegando que lo hemos dicho. Pretendemos salvar nuestro deber llevando nuestro poder a la altura de este deber. No alegando que lo hemos dicho sino demostrando que hemos puesto toda el alma para hacerlo.

REVISION DE VALORES.—FRANCIA

«Azorín» ha sido uno de los escritores españoles que con más amor ha acercado su corazón al corazón de Francia. Desde el principio de la guerra, «Azorín» levantó bandera por la causa de Francia. Y su pluma salió al paso del que elogiaba la ciencia, creyéndose elogiar a Alemania, demostrándole que los hombres más preclaros de la ciencia llevan nombre francés; y su pluma encauzó los extravíos que el fanatismo producía en el ánimo de las derechas, enseñando como el catolicismo y Alemania seguirán siempre en la vida dos caminos divergentes; y su pluma despertó todas las inquietudes del espíritu, sublevándose contra los que hablaban de la organización germana y diciéndoles que él trocaría la fuerza de toda esta organización, por la belleza de una página cualquiera arrancada de un libro cualquiera de Montaigne.

Pero «Azorín», acercado su corazón al

corazón de Francia, no vió Francia al principio y en los primeros meses de la guerra en la forma que la ve hoy. «Azorín» juzgaba la imprevisión de Francia ante la probabilidad de la guerra; el espanto y el daño que esta imprevisión habían producido al estallar la guerra. Y razonaba del siguiente modo: «de la imprevisión es responsable la política radical que impera en Francia, esta política radical que culmina en la vanidad del parlamentarismo. ¿Qué sucederá? se preguntaba. Sucederá que el término de la guerra traerá inevitablemente el término de esta política. A una política radical plagada de palabras, sucederá una política conservadora, creadora de obras; a un imperio de las izquierdas destronará un imperio de las derechas; caerá la República y ascenderá nuevamente la monarquía; desaparecerá el laicismo de la vida para abrir otra vez y para siempre los brazos a la iglesia católica y dormir en su seno.»

¿Habla así hoy «Azorín»? ¿Son estos sus presagios y sus pensamientos? ¿Los ojos de su espíritu, ven esta Francia de ayer y esta Francia de mañana, cambiada hasta

las entrañas? No. «Azorín» ha variado ya su idea del Parlamento. Parlamento para él no vale ya tanto como ineficacia, sino que vale ya lo mismo que selección. Y cree, como hemos creído nosotros siempre, que las llagas del Parlamento no están en el Parlamento sino en el país; que el Parlamento, pudiendo ser el reflejo de la voluntad del país, es, inevitablemente como el país quiere que sea. El mal Parlamento no es malo por sí, sino que es malo porque hay un pueblo que no ha considerado aún entre sus deberes cívicos, la formación de un buen Parlamento. Un Parlamento, elegido siempre por un pueblo, si es malo, presupone siempre un pueblo que no sabe o no quiere elegir bien. Presupone siempre un mal pueblo. El peor Parlamento presupone el peor pueblo. El mejor Parlamento presupone el pueblo mejor.

Pero el cambio ascensional de «Azorín» es más significativo en otro orden: en este orden que hace referencia a la visión de Francia; a la Francia de hoy y a la Francia de mañana. «¿Cuál será la marcha de la política francesa después de la guerra?»

pregunta «Azorín» en un artículo publicado recientemente y que se titula «La ilusión de las derechas». «No olvidemos, —dice— que es una República radical quien ha ido a la guerra. Millares y millares de ciudadanos educados, formados por una República radical, son los que se han batido heroicamente y se baten, los que han muerto y mueren en los campos de batalla. Hay entre los combatientes de Francia elementos que pertenecen a los partidos tradicionalistas; multitud de clérigos y de seminaristas han sucumbido gloriosamente en la lucha. Pero la inmensa mayoría de los ciudadanos-soldados, la casi totalidad del ejército francés, ¿cómo dudar de que ha adquirido la conciencia de su ser en el ambiente liberal, profundamente liberal, de la tercera República? Vueltos todos estos ciudadanos a sus hogares, reintegrados al seno de sus familias, ¿abominarán del espíritu de los ideales, de los deseos que desde niños les han sido infundidos en la escuela? Las elecciones generales que se celebren después de la guerra podrán hacer surgir a la vida pública a nuevas personalidades y podrán

hacer que desaparezcan otras. Pero el espíritu hondo y tradicional de Francia quedará incólume. Y ¿qué motivo habría para lo contrario? ¿No está Francia admirando al mundo con los prodigios de heroísmo y de perseverancia que sus ciudadanos realizan? Y ¿qué es el ciudadano, sino un producto de la tradición—en Francia radical—de las instituciones, de las leyes y de las costumbres?» Así habla «Azorín». Su Francia de hoy no es la Francia deshecha por la República; no es la Francia, como hubiera dicho el obispo Torras y Bages, mutilada por la escuela neutra. No. Es la Francia heroica, que con las instituciones y las leyes radicales, ha adquirido todo este tesoro de virtudes que derrama prodigamente en esta lucha ejemplar. ¿Deruirá mañana Francia estas instituciones y estas leyes? ¿Volverá hacia atrás? ¿Abandonará el laicismo? ¿Arrancará de su alma sus principios liberales? No. El espíritu hondo y tradicional de Francia quedará incólume. Este espíritu que ha guiado a Francia por el camino de la victoria quedará encendido en Francia con la irradiación de un fuego sagrado. Francia liberal

antes de la guerra, será más liberal después de la guerra. Francia radical antes de la guerra, será más radical después de la guerra. Francia republicana antes de la guerra, será más republicana cuando, después de la guerra, los ciudadanos formados por la República sean soldados vencedores.

¿No descubre el cambio de «Azorín» la trayectoria muda que han seguido, en el concepto sobre Francia, millares de observadores? Porque de Francia tenía Alemania el mismo juicio que «Azorín» tenía en los primeros meses de la guerra, Alemania levantó el telón de la tragedia. Victor Cambon en su famosa conferencia «Vers l'expansion industrielle» dada en la «Société des Ingenieurs civils de France», ilumina el hecho con este detalle; «Durante el verano de 1911—dice—visité la exposición de higiene que se celebraba en Dresde. En una inmensa galería se representaban, con sus efectos, los diversos venenos que el hombre ha imaginado para pasar por el morboso placer de intoxicarse. El alcohol figuraba en primera línea. En el muro aparecían trazadas diversas colum-

nas verticales, con alturas proporcionales a la consumación que cada país hacía por habitante. La columna más alta pertenecía a Francia. No era esto solo. Al lado de estas estadísticas gráficas, un maniquí de cera figuraba un alcoholizado revolviéndose en las convulsiones del «delirium tremens». Este alcoholizado tenía la cara y el aspecto de un obrero francés. ¿No descubría tal hecho el concepto que Alemania tenía de Francia? Nos creía un pueblo indefenso, degenerado; un pueblo que, fácilmente, podría ser conquistado. Por primera vez,—termina Victor Cambon—ante este espectáculo, sufrí la sensación de una invasión más o menos próxima, pero inevitablemente cierta.» Sí. Era este el juicio que de Francia corría por Europa. Era Francia el pueblo desmoralizado, desorganizado, sin freno, sin ley, sin orden. ¿Qué podría resistir? ¿Qué valores morales, qué valores materiales, tendría para oponerse a la organización férrea, a la disciplina pasiva de Alemania? Sí. Era este el juicio. Ha tenido que venir la guerra, ha tenido que desenvolverse la guerra para que todo el mundo viera cómo el

pueblo desmoralizado descubría las más altas virtudes morales; cómo el pueblo desorganizado aparecía con admirable organización; cómo el pueblo sin ley era el que rompía lanzas y perdía vidas en defensa de la ley. Ha tenido que venir la guerra para que los ciegos vieran...

...Y es este obrero,—este obrero que en lo exposición de Dresde aparecía convulso—es este obrero el héroe. En 1870 fué el obrero francés el que perdió a Francia. Fué él, ignorante, indiferente—indiferente como el obrero español de hoy—el que no sintió los estímulos de la victoria. En esta guerra será el obrero francés el que no consentirá que Francia se pierda. «Se están batiendo heroicamente todos—dice el mismo «Azorín» en el mismo artículo—: aristocracia y pueblo. Pero el pueblo, el labriego, el obrero de las ciudades grandes, el artesano de las pequeñas, el pueblo es quien, siendo todos los combatientes iguales en calidad de heroísmo, ha contribuido en la lucha con más extensión y cantidad.» Sí. Es el obrero el héroe. Y si las armas del obrero son las que salvan la Francia de hoy, las ideas del obrero serán las que salvarán a la Francia de mañana.

PAPELES ENCONTRADOS.—CALLAN LOS QUE DEBIERAN HABLAR.

LOS HARTOS

Las clases plutocráticas continúan en España su trabajo de agitación y su obra de organización. Comenzaron en el Hotel Palace al presentar el Gobierno su proyecto de impuesto sobre los beneficios extraordinarios de la guerra. Siguieron, con la oposición obstruccionista en el Congreso y con la campaña de los regionalistas catalanes en Bilbao. Con todo ello, este tributo que iba a gravar a los ricos, ha quedado enterrado. Y no sólo han conseguido las clases plutocráticas con esta campaña la liberación de este arbitrio que pensaba imponerles el Estado. Han conseguido un bien del Gobierno que quería infligirles un mal. Han conseguido que se echara tierra sobre el impuesto y que se hiciera ley el proyecto estableciendo los seguros marítimos de guerra. En una palabra. No sólo han conseguido dejar de

pagar al Estado sino que han conseguido que el Estado les pague, de aquí en adelante, a ellos. ¿Vale algo la agitación? ¿Puede poco la organización?

Esta agitación y esta organización no son productos españoles. Antes de la guerra se ofrecían con intensidad en todos los países europeos. Las campañas contra la creación del impuesto sobre la renta en Francia y las batallas libradas para derribar a Lloyd George, son buen testimonio de ello. Pero la guerra ha abierto una tregua, en los países europeos, a esta agitación y a esta organización. Los plutócratas ingleses son hoy los que piden al Estado el crecimiento de los impuestos que a ellos les corresponde sufragar; son hoy los que se acercan a Lloyd George para alentarle, para colaborar en su obra patriótica. Los plutócratas franceses no abren la boca ante los continuos recargos que en sus arbitrios establece la Hacienda de su país. ¿Por qué este cambio? ¿Por qué esta derivación de la línea de conducta emprendida? Así como el Evangelio entiende sabiamente en que hay momentos que se debe hablar y momentos en que se debe

callar, los plutócratas europeos han entendido que así como hay momentos en que debe defenderse el dinero hay momentos en que debe defenderse al Estado, y que este es uno de esos momentos supremos.

¿Es que el Estado tiene para el plutócrata inglés o francés, un valor moral que no tiene para el plutócrata español? Entonces, momentos como los presentes señalan también un deber para los que viven en esta disposición espiritual. Este deber exige ponerse frente al Estado que no merece la confianza para derribarlo y edificar religiosamente el Estado nuevo. En momentos así, tiene, como en ningún otro, justificante excesivo la Revolución, como tiene justificante sobrado la sumisión a todos los mandatos del Estado. Lo que no tiene justificante es la posición indecorosa del que convierte una de sus manos en puño amenazador y la otra mano en mano petitoria tendida al mismo a quien se amenaza. En las horas de responsabilidad, las actitudes de los hombres han de ser más claras que un día de sol.

LOS QUE TIENEN HAMBRE

Pero este aspecto agresivo de los plutó-

cratas contrasta con la resignación absoluta de los obreros, de los pobres. El rico se mueve en España, como nunca se había movido; organiza actos, celebra asambleas, funda periódicos, dispone en línea de ataque a sus representantes en el Parlamento. El pobre, por el contrario, se mueve en España menos que nunca: ni se reúne en Congresos, ni sale a la calle en manifestaciones, ni estalla en revueltas clamorosas tomando lo que no tiene: pan; exigiendo lo que le falta: trabajo.

¿Es que el Estado, atento a la situación actual, legisla contra el rico en favor del pobre? ¿Es que el Estado ha cesado de proteger al de arriba, al pudiente y ha revuelto los ojos al de abajo, al necesitado? ¿Es que el Estado ha dejado de hacer política de navieros, de banqueros, de terratenientes y ha comenzado a hacer política de blusa, de alpargata y de calzón corto? No. Los tributos españoles descansaban antes de la guerra sobre una base de iniquidad: los mismos tributos subsisten hoy. Las tierras yermas antes de la guerra, yermas siguen. Los pueblos sin escuelas antes de la guerra, sin escuelas están. Las

escuelas sin cantina y sin ropero antes de la guerra, sin cantina y sin ropero continúan. Los Ayuntamientos con impuesto de consumos antes de la guerra, con impuesto de consumos cubren sus gastos. Los obreros con jornales misérrimos antes de la guerra, estos mismos jornales misérrimos cobran. Los pobres que antes de la guerra no podían vivir, menos pueden vivir hoy porque el trabajo ha disminuido y en cambio ha crecido el precio del pan y el del aceite y el del carbón y el de la carne y el del inquilinato de la casa y el del arrendamiento de la tierra... ¿Asistencia del Estado? El Estado no ha puesto siquiera a discusión un solo proyecto de reforma social. No ha presentado a discusión un proyecto de ley que remediara al obrero enfermo o atendiera al obrero parado; no ha presentado a discusión un proyecto de ley que desgravara los artículos de consumo y gravara la renta; no ha presentado un proyecto de ley, como el de Meline en Francia, que expropiara las tierras yermas para entregarlas a los brazos parados con objeto de que las cultivaran en beneficio propio y en provecho de

la patria... No ha hecho nada con los ojos vueltos a la blusa, a la alpargata, al calzón corto. Ha seguido legislando para los navieros, para los banqueros, para los grandes terratenientes.

¿Se justifica así el silencio, la pasividad de los pobres? Se justifica menos que la agresividad de los ricos. Era este el momento de callar los ricos y hablar los pobres. De permanecer quietos los ricos y de organizarse y agitarse los pobres. Sucede lo contrario. Y el Estado español, débil, incapáz, mediatizado, impulsado por el miedo deja arrastrarse por la corriente a que le precipitan los de arriba. Podría reaccionar si fuera fuerte. No lo es. Podría seguir el camino que le impone el deber, si el cumplimiento del deber fuera para él una religión. No lo es tampoco. Podría volverse hacia los pobres si los pobres gritaran más que los ricos. Pero no gritan, no alzan la voz, no se oye siquiera el vagido de su aliento.

¡Emigrar! Emigrar es el único deseo que llevan los españoles pobres clavado en el pensamiento y en el corazón. Y emigrar, que es una solución heroica para los habi-

tantes de los pueblos que tienen las entrañas enfermas de haber producido más de lo que podían, es una cobardía en los habitantes de los pueblos que tienen las entrañas vírgenes. Si España no pudiera dar más de lo que dá, emigrar sería un bien. Pudiendo dar España mucho más de lo que dá, emigrar es desertar nuestro puesto.